

Economía naranja y desarrollo: tensiones entre racionalidad de mercado y reproducción de la vida.

Orange economy and development: tensions between market rationality and reproduction of life.

María José Hernández García*

Katia Beatriz Villafán Vidales**

RESUMEN

* María José Hernandez García. Estudiante de la Maestría en Desarrollo y Sustentabilidad de la Facultad de Economía "Vasco de Quiroga", UMSNH. E-mail: 1808071j@umich.mx. ORCID: 0009-0009-6155-5900

** Dra. Katya Beatriz Villafán Vidales. Profesora investigadora de la Facultad de Economía "Vasco de Quiroga", UMSNH. E-mail: katiavillafan@umich.mx. ORCID: 0000-0002-9058-1296.

La economía naranja reconoce el valor económico de la cultura al destacar el potencial creativo como fuente de generación de riqueza, pero resulta insuficiente para concebir la cultura como pilar de la sustentabilidad cuando subordina las prácticas artísticas a la lógica del mercado. El presente ensayo analiza críticamente los fundamentos teóricos de la economía naranja en tres momentos. Primero, expone el origen y los principales postulados del concepto. En segundo lugar, desarrolla una crítica desde los enfoques alternativos al desarrollo y la sustentabilidad. En tercer lugar, examina la dimensión territorial, argumentando que la economía naranja tiende a extraer valor simbólico de los territorios sin fortalecer necesariamente las capacidades locales ni los tejidos sociales. Finalmente, se propone una resignificación del enfoque que reconozca la cultura como derecho y como base de la sustentabilidad social.

Palabras clave: Economía Naranja; Economía Creativa; Desarrollo Sostenible; Desarrollo Local; Desarrollo Territorial.

Clasificación JEL: O10, Z11, R58, O35

Fecha de recepción:
27 de febrero de 2026

Fecha de aceptación:
15 de abril de 2026

Fecha de publicación:
de mayo 2026

ABSTRACT

The orange economy recognizes the economic value of culture by emphasizing creative potential as a source of wealth generation. However, it is insufficient to conceive culture as a pillar of sustainability when artistic practices are subordinated to market rationality. This essay critically analyzes the theoretical foundations of the orange economy in three stages. First, it presents the origin and main conceptual bases of the approach. Second, it develops a critique from alternative development and sustainability perspectives. Third, it examines the territorial dimension, arguing that the orange economy tends to extract symbolic value from territories without necessarily strengthening local capacities or social fabrics. Finally, it proposes a re-signification of the approach toward recognizing culture as a right and as a foundation of social sustainability.

Keywords: Orange economy; Creative economy; Sustainable development; Local development; Territorial development.

JEL Classification: O10, Z11, R58, O35

1. Introducción

se ha realizado bajo los parámetros del modelo de mercado capitalista (priorizando criterios de productividad, competitividad, propiedad intelectual y rentabilidad), lo que implica una subordinación de las prácticas artísticas a la lógica de la acumulación y del mercado.

A pesar de que este enfoque ha contribuido a visibilizar el valor económico de la cultura (destacando su potencial para generar empleo, ingresos y crecimiento, así como su papel en la innovación y la diversificación productiva), desde esta perspectiva, la cultura es reconocida principalmente como un recurso económico y sector productivo a explotar por el sistema capitalista. En consecuencia, la economía naranja tiende a privilegiar aquellas expresiones culturales capaces de integrarse exitosamente a cadenas de valor (como el caso de Hollywood), invisibilizando dimensiones fundamentales de la cultura vinculadas con la reproducción de la vida, la cohesión social, la formación de sujetos, el ejercicio de derechos culturales y la sustentabilidad social.

El problema de investigación se ubica, entonces, en la tensión entre una economía naranja orientada por el mercado y la posibilidad de reconfigurarla

desde enfoques alternativos que reconozcan a la cultura y al arte como fundamentos del desarrollo sustentable, y no sólo como insumos económicos.

Es así como la justificación de este ensayo radica en la necesidad de problematizar críticamente la economía naranja desde los enfoques alternativos al desarrollo, evidenciando sus límites teóricos y prácticos para concebir la cultura como pilar de la sustentabilidad y no únicamente como objeto de mercantilización de prácticas culturales territoriales subordinadas a la racionalidad de mercado, lo cual entra en directa contradicción con los planteamientos de la economía para la vida, la cual sitúa la reproducción de la vida humana y social como criterio central de evaluación económica.

Esta discusión resulta particularmente relevante en el contexto latinoamericano y mexicano, donde la economía naranja ha comenzado a permear discursos institucionales y políticas culturales sin que ello se traduzca necesariamente en el fortalecimiento de las capacidades locales, los tejidos comunitarios ni el acceso equitativo a la cultura.

Hinkelammert y Mora sostienen que la racionalidad medio-fin propia del capitalismo prioriza la eficiencia y la rentabilidad aun cuando esto implique sacrificar las condiciones materiales, sociales y simbólicas que hacen posible la vida (Hinkelammert & Mora, 2013). Desde esta perspectiva, la cultura no puede ser avaluada únicamente por su capacidad de generar ingresos, sino por su contribución a la formación de sujetos, la cohesión social y el bienestar colectivo.

No se busca negar la dimensión económica de la cultura, sino aportar elementos para su resignificación desde una racionalidad orientada a la vida, la justicia y la sustentabilidad social.

Tomando en cuenta lo anterior, resulta pertinente cuestionar en qué medida la economía naranja contribuye, o limita, el reconocimiento de la cultura y el arte como cuarto pilar de la sustentabilidad en América Latina, cuando se encuentra subordinada a la racionalidad del mercado capitalista. Además, en qué condiciones teóricas podría resignificarse desde enfoques alternativos al desarrollo.

El objetivo del ensayo es, por tanto, analizar críticamente la economía naranja desde los enfoques alternativos al desarrollo, con el fin de evaluar en qué medida contribuye o limita el reconocimiento de la cultura y el arte como un pilar de la sustentabilidad.

El trabajo se desarrolla bajo un enfoque cualitativo de carácter teórico-crítico, basado en la revisión de literatura académica especializada y documentos de organismos internacionales. La selección de autores responde a su relevancia en el debate sobre economía creativa, enfoques alternativos al desarrollo y sustentabilidad en América Latina, privilegiando perspectivas críticas como la economía política, el posdesarrollo y la economía para la vida. Con base en lo anterior, se construye un análisis interpretativo orientado a identificar tensiones, límites y posibilidades de resignificación de la economía naranja desde una perspectiva territorial y centrada en la reproducción de la vida.

La contribución de este trabajo consiste en desarrollar una relectura crítica de la economía naranja desde los enfoques alternativos al desarrollo, evidenciando sus límites para reconocer a la cultura como pilar de la sustentabilidad social. En particular, el artículo aporta una articulación conceptual entre economía naranja, reproducción de la vida y desarrollo territorial, proponiendo una resignificación del enfoque que desplace su eje desde la valorización mercantil hacia una perspectiva centrada en la cultura como derecho, capacidad colectiva y fundamento de la vida social.

El texto se organiza en tres apartados principales. En el primero se revisan el origen y los fundamentos conceptuales de la economía naranja. El segundo desarrolla una crítica teórica a su pretensión de constituirse como alternativa al desarrollo, a partir de enfoques alternativos que cuestionan la racionalidad de mercado. El tercer apartado profundiza en la relación entre economía naranja y territorio, analizando los límites de la mercantilización cultural y las posibilidades de resignificación desde una perspectiva territorial y culturalmente situada. Por último, se presentan las conclusiones del ensayo.

2. Origen y fundamentos de la economía naranja

Aunque el término es relativamente reciente, sus bases conceptuales se basaron en la economía creativa, definida por John Howkins en su libro *“The Creative Economy: How People Make Money from Ideas”* como aquella que comprende los sectores en los que el valor de sus bienes y servicios se fundamenta en la propiedad intelectual (Buitrago Restrepo & Duque Márquez, 2013). Para Howkins, la explotación de la creatividad en sectores como la publicidad, el diseño, el cine, la música, la moda, el software y los videojuegos, conformaban un campo económico emergente cuyo valor ya no

dependía principalmente de recursos materiales, sino de activos intangibles basados en ideas (Howkins, 2008).

Al mismo tiempo, organismos internacionales comenzaron a sistematizar este fenómeno. La UNESCO incorporó el concepto de industrias culturales y creativas para destacar el papel de la cultura como motor de desarrollo económico y social, subrayando su contribución a la diversidad cultural, la cohesión social y la generación de empleo. Igualmente, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) impulsó durante la década de 2000 una agenda orientada a medir el impacto económico de los sectores creativos y a posicionarlos como parte estratégica de la economía del conocimiento.

En un estudio más reciente, en la UNCTAD (2024), conceptualizó a la economía creativa como el ciclo de creación, producción y distribución de bienes y servicios que utilizan la creatividad y el capital intelectual como insumo principal. Este énfasis en el carácter creativo del proceso productivo ha permitido posicionar a la economía naranja como un sector estratégico en el contexto de la llamada economía del conocimiento.

El origen del término de economía naranja se encuentra en el manual titulado “La economía naranja. Una oportunidad infinita” de los autores Felipe Buitrago e Iván Duque (2013). En el año 2013 y en el marco del Banco Interamericano de Desarrollo, los autores definen a la economía naranja como el conjunto de actividades mediante las cuales las ideas se transforman en bienes y servicios culturales, cuyo valor depende fundamentalmente de su contenido creativo y de su protección mediante mecanismos de propiedad intelectual. En este enfoque, la creatividad constituye el principal insumo productivo y la cultura se reconoce como un activo económico con potencial de generación de riqueza y empleo.

Otros autores como González y Annayeskha (2020), señalan que la economía naranja abarca todas aquellas actividades relacionadas con la creatividad y el talento humano, cuyas ideas pueden convertirse en bienes y servicios protegidos por derechos de autor o propiedad intelectual. Se trata, por tanto, de una economía basada en intangibles, donde el conocimiento, la innovación simbólica y la producción cultural adquieren centralidad como factores de producción.

A pesar de que la economía naranja y la economía creativa pueden utilizarse como sinónimos, la distinción que existe entre ambas es político-discursiva. Buitrago y Duque (2013) explican que el color naranja se asocia simbólicamente con la creatividad, la cultura y la identidad, lo que permite construir una narrativa más accesible y atractiva para gobiernos, inversionistas y la ciudadanía, dotando de identidad a este sector dentro de las agencias de desarrollo, especialmente en América Latina. Por su parte, la economía creativa es un concepto más técnico que es mayormente utilizado por organismos internacionales como la UNESCO y la UNCTAD.

El origen de la economía naranja no puede entenderse como una ruptura con la noción de economía creativa, sino como su resignificación en clave latinoamericana, articulando discursos sobre innovación, emprendimiento, cultura y desarrollo económico bajo una etiqueta con fuerte potencial comunicativo y político.

La economía naranja integra tres grandes componentes: la economía cultural (artes, patrimonio, expresiones simbólicas), las industrias creativas (audiovisual, editorial, diseño, videojuegos, entre otras) y las áreas de soporte a la creatividad. Desde esta perspectiva, la economía naranja se presenta como una forma de reorganizar la actividad económica alrededor de un recurso considerado inagotable: la creatividad humana.

Se sustenta en un conjunto de principios teóricos que explican su funcionamiento como modelo económico y justifican su incorporación en las agendas de desarrollo.

El primero de estos fundamentos es la centralidad de la creatividad como factor productivo, en donde el principal insumo económico es la capacidad humana de generar ideas con valor simbólico y comercial. Su valor radica, entonces, en el contenido intelectual que permite concebir bienes y servicios diferenciados.

El segundo fundamento es el papel estructural de la propiedad intelectual como mecanismo de la valorización económica. Tanto la economía creativa planteada por Howkins (2008) como la economía naranja formulada por Buitrago y Duque (2013) coinciden en que los bienes y servicios culturales adquieren valor económico en la medida en que pueden ser protegidos mediante derechos de autor, patentes u otros instrumentos jurídicos que reconocen la autoría y permiten su circulación comercial.

Un tercer fundamento es la concepción de la cultura como sector productivo estratégico, en donde la cultura pasa a ser reconocida como generadora de empleo, ingresos y dinamismo económico, en lugar de como expresión simbólica o patrimonio social. La UNESCO destaca la contribución de industrias culturales y creativas tanto al desarrollo económico como a la cohesión social y la diversidad cultural (UNESCO, 2013), con lo cual consolida su carácter como sector estructural de la economía del conocimiento (UNCTAD, 2024).

Finalmente, el cuarto fundamento es la idea de que la creatividad constituye un recurso potencialmente inagotable. Uno de los principales atractivos políticos y discursivos de la economía naranja radica en que la creatividad no se consume con su uso, sino que tiende a reproducirse y multiplicarse, lo que permitiría concebirla como base de un modelo de crecimiento más sostenible (Annayeskha & González, 2020). Esta concepción ha contribuido a posicionar a la economía naranja como una alternativa atractiva frente a sectores económicos dependientes de recursos finitos.

En conjunto, estos fundamentos constituyen la base conceptual que sostiene la propuesta de la economía naranja, la cual tendrá como objetivo idílico llegar a la que llamaron sus autores “Kreatópolis”.

La Kreatópolis, que viene del latín “creare” (creación) y el griego “polis” (ciudad-estado), se trata de un concepto para definir una visión de futuro que encapsule el sueño de construir una economía naranja para Latinoamérica y el Caribe (Buitrago Restrepo & Duque Márquez, 2013). En ella se enriquecerían material y espiritualmente las comunidades urbanas y rurales al integrar ideas, contenidos, comunidades, bienes y servicios creativos alrededor de un proyecto común de desarrollo social y económicamente sostenible.

Sin embargo, los autores mencionan que para que se haga realidad este sueño, se deben cumplir algunas condiciones: talento, tecnología y tolerancia que permitirían a una ciudad creativa N.A.C.E.R. mediante Negocios, Atracción, Comunicaciones, Educación y Reconocimiento. Y, para lograrlo, serán necesarias las que los autores denominan “Las 7i: ideas para el desarrollo de la Economía Naranja”, las cuales ofrecen un marco práctico para el diseño de políticas integrales.

Primero está la información. En segundo lugar, las instituciones, las cuales deberán fungir como mecanismos de cooperación y coordinación

para el progreso de la economía naranja, otorgándole responsabilidad al sector público en materia de validación de la dimensión comercial de la cultura y la creatividad, y su articulación con tecnología, infraestructura, acceso a mercado, etc. En tercer lugar, la industria, la cual es el corazón de la economía naranja, y en donde busca enseñar a los artistas acerca de cómo valorizar en el mercado su trabajo de manera temprana y crear redes de distribución (como una cadena de suministros creativo) en donde se entrelacen el talento, los inversionistas y los emprendedores.

En cuarto lugar, integran la infraestructura, afirmando que el acceso virtual o físico es clave junto con el contacto para que se genere la innovación. Por supuesto, esto tiene sentido si tomamos en cuenta que la creación artística es un fenómeno cien por ciento social que nace desde el individuo, pero que florece en la sociedad. Y, aunque se centra en la necesidad de capacitación y financiación para llevar a la mayor cantidad de espacios posibles el arte, se corta en demostrar por qué es importante que la comunidad comparta de la cultura.

La integración ocupa el quinto lugar, en donde los autores critican que la mayoría de las exportaciones de bienes creativos mundiales se dirigen a economías desarrolladas, dejando de lado a economías en desarrollo, a pesar de que estas son muchas veces aquellas con más expresiones culturales. Los autores pugnan porque los países latinoamericanos se incluyan en la economía creativa internacional; sin embargo, este proceso implica el riesgo de desarticular las identidades culturales locales, al adaptar las expresiones culturales a las lógicas de consumo global, priorizando su valor de mercado por encima de su significado social y territorial. Si bien la proyección internacional de la cultura mexicana puede considerarse un avance relevante, no es únicamente la cultura “exportable” la que posee valor. En este punto, la economía naranja presenta una limitación, al privilegiar aquellas expresiones culturales con mayor potencial de inserción en los mercados internacionales, dejando en segundo plano prácticas culturales cuya relevancia social y territorial no se traduce necesariamente en valor económico.

La inclusión, posicionada en el sexto punto, desperdicia su capacidad transformadora. Como bien mencionan, las actividades de esta economía tienen una capacidad probada para generar o regenerar el tejido social (Buitrago Restrepo & Duque Márquez, 2013); pero en lugar de hablar de los beneficios sociales que tiene para el tejido social, se centra en la capacidad de crear empleos con bajos niveles de inversión.

Por último, está la inspiración. En este punto, los autores señalan que es necesario para la creación que exista un ambiente que celebre la iniciativa y dé oportunidad de corrección y tiempo para crear su nicho en el mercado. Aquí, los autores podrían haber incluido un factor de sustentabilidad social, mencionando la importancia del descanso y de hacer cumplir las necesidades básicas para permitir al artista crear sin preocuparse, o quizá centrarlo en la importancia de la paz, la seguridad, de una comunidad fuerte, unida y sana; no obstante, nuevamente se centra únicamente en el factor económico. Aquí está una gran oportunidad perdida de la concepción de la economía naranja.

3. Crítica de la economía naranja como alternativa al desarrollo

El énfasis mercantil que propone la economía naranja genera una tensión central con los enfoques alternativos al desarrollo, que cuestionan la reducción del bienestar al crecimiento económico y proponen racionalidades orientadas a la vida, la sustentabilidad y la ampliación de las capacidades humanas. Desde estos enfoques, la cultura y el arte no pueden ser comprendidos únicamente como medios para dinamizar economías creativas, sino como componentes estructurales del desarrollo sustentable, en tanto contribuyen a la construcción de identidades, sentidos de pertenencia, vínculos comunitarios y procesos educativos que sostienen la vida social en el largo plazo.

Resulta pertinente realizar un análisis crítico de la economía naranja en el contexto latinoamericano actual debido a que este enfoque se ha ido consolidando como una de las principales estrategias institucionales para integrar la cultura y las prácticas artísticas al discurso del desarrollo. Se promueve como una vía para dinamizar el crecimiento económico, generar empleo y diversificar las estructuras productivas, presentándola como una respuesta innovadora frente a las crisis económicas y sociales contemporáneas.

Desde esta perspectiva institucional, organismos como el Banco Interamericano de Desarrollo han defendido la economía naranja como una estrategia capaz de generar crecimiento económico, empleo e inclusión social en contextos latinoamericanos, al aprovechar el potencial creativo de la población y dinamizar sectores intensivos en conocimiento. Desde este enfoque, la inserción de la cultura en el mercado no se concibe necesariamente como una subordinación, sino como una vía para su

sostenibilidad económica y expansión. Sin embargo, esta postura tiende a asumir que la integración al mercado garantiza por sí misma beneficios sociales amplios, sin problematizar las desigualdades estructurales ni las condiciones territoriales en las que dicha integración ocurre.

El problema surge cuando la economía naranja se presenta como una alternativa al desarrollo tradicional sin cuestionar la racionalidad económica que la sustenta. En ese marco, la cultura es incorporada a las lógicas del mercado capitalista bajo criterios de rentabilidad, competitividad y valorización comercial, lo que tiende a jerarquizar aquellas expresiones artísticas y culturales con capacidad de inserción mercantil por encima de aquellas cuya relevancia radica en su función comunitaria, educativa o territorial. De este modo, el enfoque corre el riesgo de reproducir dinámicas de exclusión, precarización y desigualdad, especialmente en contextos latinoamericanos marcados por la informalidad, la distribución desigual de recursos culturales y el acceso diferenciado a la educación artística.

La economía naranja no es capaz de ver más allá del valor económico de la cultura, subordinando a las prácticas artísticas a la racionalidad del mercado, lo que limita su potencial transformador y dificulta su articulación con propuestas de desarrollo centradas en la reproducción ampliada de la vida, la justicia social y la sustentabilidad cultural. Se vuelve necesaria, por tanto, la necesidad de redefinir los marcos conceptuales y normativos desde los cuales se incorporan estas prácticas al desarrollo.

Es un hecho que el paradigma del crecimiento económico ilimitado se enfrenta a límites económicos, sociales y ecológicos cada vez más evidentes. En el caso específico de Latinoamérica, la CEPAL advierte que se atraviesa una crisis simultánea de desigualdad, deterioro ambiental y debilitamiento institucional, que no puede resolverse mediante ajustes marginales al modelo vigente, sino que exige una transformación profunda de las bases productivas, sociales y culturales del desarrollo (CEPAL, 2022).

En este contexto, la incorporación de la cultura al discurso económico bajo la lógica de la economía naranja corre el riesgo de convertirse en una adaptación superficial del paradigma dominante, en lugar de contribuir a una transformación sustantiva de las relaciones entre economía, sociedad y vida.

Desde la crítica estructural al modelo de desarrollo capitalista se ha señalado que la ampliación del mercado hacia nuevas esferas de la vida social

no constituye una transformación sustantiva del paradigma dominante, sino una extensión de la lógica mercantil sobre ámbitos históricamente no mercantilizados. En este sentido, Polanyi advierte que el mercado autorregulado tiende a subordinar dimensiones sociales y culturales a criterios económicos, generando procesos de desarraigo y desintegración social cuando se intenta convertir en mercancía aquello que no fue producido para la venta (Polanyi, 1974a). Lamentablemente, la economía naranja justamente hace esto al concebir a la cultura principalmente como un sector productivo y un conjunto de bienes y servicios intercambiables en el mercado.

Por su parte, desde la crítica del posdesarrollo, Escobar señala que el desarrollo opera como un régimen de verdad que define qué prácticas son legítimas y cuáles quedan fuera del horizonte de lo deseable, imponiendo categorías económicas y tecnocráticas sobre realidades culturales diversas (Escobar, 2014). En el caso que estamos estudiando, al inscribir la cultura dentro del lenguaje del mercado capitalista, se corre el riesgo de invisibilizar las prácticas artísticas comunitarias, educativas y no mercantilizadas que no se ajustan a las cadenas de valor del capitalismo cultural.

Asimismo, desde la perspectiva de la sustentabilidad, Gudynas advierte que las versiones débiles de la sustentabilidad tienden a conciliar la protección de la vida y la naturaleza con la continuidad del crecimiento económico, relegando las dimensiones éticas y sociales al desarrollo (Gudynas, 2015). De manera similar, se suele presentar a la economía naranja como compatible con el desarrollo sustentable sin cuestionar los límites estructurales del mercado ni las desigualdades que produce, lo que impide reconocer a la cultura como un pilar autónomo de la sustentabilidad, equiparable a las dimensiones ambiental, social y económica.

En el ámbito latinoamericano, Coraggio subraya la necesidad de construir alternativas económicas que prioricen el trabajo, la reproducción social y los derechos colectivos por encima de la acumulación de capital (Coraggio, 2011). En este sentido, desvincular a la economía naranja de la lógica de competencia y articularla con formas de economía social, educación pública y políticas culturales se vuelve relevante para su reconfiguración.

Igualmente se vuelve relevante pensar en el debate contemporáneo acerca del capitalismo digital, en donde autores como Fuchs (2022) señalan que la digitalización de la cultura no elimina las relaciones de explotación, sino que las reconfigura, ampliando la mercantilización del trabajo creativo y

simbólico bajo nuevas formas de control y apropiación del valor. En este contexto sobre digitalizado de la actualidad, la economía naranja aparece como un dispositivo que legitima la inserción de la cultura en el capitalismo digital sin cuestionar sus efectos sobre la autonomía cultural y la reproducción de la vida.

Además, este debate no puede desvincularse de su dimensión territorial. Los modelos económicos no operan en abstracto, sino que se materializan en territorios concretos, con historias, identidades, desigualdades y capacidades diferenciadas. Por tanto, la economía naranja debe pensarse en el territorio y sus condiciones que harán posible o inviable su implementación, así como los impactos que produciría sobre comunidades, prácticas culturales y formas locales de organización social.

4. Economía naranja y territorialización de la cultura

La economía naranja reconoce explícitamente que su principal insumo es el potencial cultural de los territorios y la creatividad de sus habitantes. En el estudio “Economía naranja como modelo económico regional para disminuir el rezago social en Oaxaca, México” de Martínez y Ken (2022), se señala que la economía naranja se sustenta en el potencial cultural de los territorios y el talento y la creatividad de los ciudadanos como materia prima fundamental de su dinámica productiva. Desde esta perspectiva, la cultura aparece vinculada al territorio no sólo como recurso simbólico, sino como elemento estructurante de modelos de desarrollo regional que buscan incidir en problemáticas sociales como el rezago y la desigualdad.

No obstante, que la economía naranja utilice el territorio como fuente de valor, no implica necesariamente que fortalezca las capacidades locales ni los tejidos sociales que sostienen la vida cultural.

Se entiende al territorio como una construcción social compleja atravesada por relaciones de poder, identidades, trayectorias históricas y formas específicas de organización social (Cuervo, 2006). Según este enfoque, los procesos económicos que se implantan sobre un territorio producen efectos diferenciados según el grado en que logren articularse con dichas dinámicas locales. Boisier (1998) sostiene que los territorios no se desarrollan por la mera disponibilidad de recursos, sino por la existencia de proyectos colectivos capaces de transformar esos recursos en procesos socialmente significativos.

En el momento en que la intervención económica se limita a aprovechar los recursos simbólicos de un territorio sin integrarse en sus lógicas sociales y culturales, se generan procesos de apropiación externa del valor sin fortalecimiento real de las capacidades territoriales. De forma similar, el desarrollo económico local depende fundamentalmente de la densidad de las redes sociales, la cooperación entre actores, la generación de confianza y la construcción de sistemas productivos territorialmente articulados (Gallicchio, 2003).

Cuando se analiza la relación entre economía naranja y territorio, es posible observar que sus beneficios tienden a concentrarse en sectores específicos, sin traducirse necesariamente en un desarrollo integral para la región. Por ejemplo, en 2026 se prevé que este enfoque impulse a algunos estados del noroeste de México (Baja California, Sonora y Sinaloa) al posicionarlos como exportadores de cultura, diseño y contenido con valor económico (Bien Informado, 2026).

Se busca que estos estados, aprovechándose de su cercanía a Estados Unidos, conviertan las expresiones culturales locales (iconografías, relatos, tradiciones, gastronomía y expresiones propias que generan un sentido de pertenencia) en productos exportables (fetichizando la identidad comunitaria). Esto apoyándose de su ecosistema binacional y de una infraestructura logística y digital: puertos, aeropuertos, conectividad de fibra óptica y una creciente red de universidades tecnológicas.

Además, Netflix anunció una inversión de 1,000 millones de dólares en México para la producción de series y películas entre 2025 y 2028, lo que implica un incremento significativo en la demanda de servicios audiovisuales y en la actividad de sectores creativos locales (Bien Informado, 2026). Este tipo de inversiones suele presentarse como evidencia del potencial de la economía naranja para impulsar el crecimiento económico y la inserción internacional de la producción cultural.

No obstante, estos procesos también permiten observar algunas de sus limitaciones. La producción audiovisual vinculada a plataformas globales suele organizarse bajo lógicas externas de mercado, en donde las decisiones creativas, narrativas y de distribución responden a criterios de rentabilidad, estandarización y alcance global. En este contexto, la participación de actores locales tiende a concentrarse en segmentos específicos de la cadena de valor, sin garantizar necesariamente el fortalecimiento de capacidades creativas autónomas ni la consolidación de sistemas culturales territoriales.

De este modo, aunque la inversión extranjera en industrias creativas puede generar derrama económica y oportunidades laborales, su impacto territorial resulta limitado cuando no se articula con políticas culturales, procesos educativos y proyectos colectivos que permitan que el valor generado permanezca en el territorio. En consecuencia, estos casos evidencian cómo la inserción de la cultura en circuitos globales de producción puede coexistir con dinámicas de dependencia, concentración y débil fortalecimiento del tejido cultural local.

En este contexto, el acceso a los beneficios económicos y simbólicos derivados de estas dinámicas tiende a concentrarse en aquellas regiones y actores con mayores capacidades de inserción en los circuitos de producción cultural mercantilizada, lo que profundiza desigualdades territoriales y limita el reconocimiento de la cultura como base de la sustentabilidad social.

Desde esta mirada, cuando la economía naranja prioriza la producción cultural orientada al mercado, se corre el riesgo de desvincular las prácticas artísticas de los procesos sociales que les otorgan sentido en el territorio. De este modo, se genera una jerarquización de expresiones culturales al tratar de insertar la cultura al mercado global: aquellas compatibles con la lógica de consumo y estandarización que adquieren mayor reconocimiento institucional y financiamiento, mientras que las prácticas comunitarias, educativas, rituales o no mercantilizadas permanecen desvalorizadas e invisibilizadas. Esto empobrece la diversidad cultural del territorio, a la vez que debilita su función como espacio de reproducción social, construcción identitaria y fortalecimiento comunitario.

Este problema de la economía naranja radica en que tiende a privilegiar la dimensión sectorial de la cultura como industria creativa, sin atender necesariamente a la construcción de sistemas culturales territoriales basados en cooperación, organización colectiva y fortalecimiento institucional; lo que obliga a replantear los criterios desde los cuales se valora la cultura dentro de los proyectos de desarrollo.

Desde los enfoques de desarrollo territorial, el desarrollo no depende únicamente de la existencia de recursos culturales sino de la articulación compleja entre actores, instituciones, conocimiento, cultura y proyecto colectivo; y es que el desarrollo territorial surge de la articulación entre recursos, actores, instituciones y cultura, en donde, de faltar alguno, no es posible generar procesos sostenibles de transformación social (Boisier, 1998). Es ahí donde reside el riesgo de la economía naranja: se reduce a la cultura

a insumo productivo sin fortalecer los demás aspectos. Como bien menciona el autor, la ausencia de articulación entre recursos culturales y proyecto colectivo conduce a formas de desarrollo fragmentadas, dependientes y vulnerables.

El desarrollo local como un proceso integral enfatiza que lo económico no puede separarse de las dimensiones sociales, culturales, políticas y ambientales. Autores como Gallicchio sostienen que el desarrollo territorial se compone precisamente de esas cuatro dimensiones inseparables, por lo que se requiere un proyecto colectivo sostenido por los propios actores locales (Gallicchio, 2003).

Desde esta perspectiva, podemos entender que las prácticas artísticas tienen valor más allá de su mercantilización: fortalecen identidades, sostienen memorias colectivas, transmiten valores, sensibilizan a la población, construyen vínculos intergeneracionales y contribuyen a la constitución de sujetos sociales. Esas funciones son territoriales y relacionales, y no pueden ser plenamente capturadas por indicadores de rentabilidad.

Asimismo, los enfoques contemporáneos de desarrollo endógeno, en donde se concibe el desarrollo como un proceso culturalmente sostenible que coloca en el centro las capacidades creativas de la población y las instituciones propias del territorio (Vázquez Barquero, 2007), subrayan que los procesos de desarrollo deben partir de las capacidades propias de cada territorio y de la acción colectiva de sus actores. Y es que, aunque la creatividad es individual, es, al mismo tiempo, un fenómeno social que brilla cuando existen dinámicas comunitarias y políticas que fortalezcan la autonomía territorial, y se limita cuando se busca exclusivamente su comercialización.

Como bien dijo el Premio Nobel de economía, Amartya Sen (2000), “el desarrollo puede concebirse (...) como un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutan los individuos”, no únicamente como incremento de ingresos o productividad. Siguiendo esta lógica, las prácticas culturales y artísticas no adquieren valor en tanto qué tan comercializables son, sino en la medida en que fortalecen la autonomía, la identidad, la participación social y las capacidades colectivas.

De esta manera, la economía naranja sólo podría contribuir efectivamente al desarrollo territorial si deja de medir el valor cultural únicamente en términos de rentabilidad económica y comienza a reconocer explícitamente

su papel en la reproducción social, la cohesión comunitaria, la formación cultural y la construcción de proyectos colectivos. Es decir, si logra desplazarse de una lógica de valorización mercantil hacia un enfoque que reconozca la cultura como derecho, capacidad social y fundamento de la vida colectiva en los territorios.

5. Conclusiones

El análisis desarrollado a lo largo de este ensayo permite sostener que la economía naranja constituye un enfoque útil para visibilizar el valor económico de la cultura, pero insuficiente para comprenderla como pilar de la sustentabilidad social cuando permanece subordinada a la racionalidad del mercado capitalista, lo que limita su potencial transformador.

Es así como, desde los enfoques alternativos al desarrollo, se evidencia que esta forma de ver a la cultura y las prácticas artísticas profundiza desigualdades, mercantiliza esferas fundamentales de la vida social y dificulta el reconocimiento de la cultura como derecho, como capacidad colectiva y como base de la reproducción social. La crítica desde los autores seleccionados permitió mostrar que no basta con incorporar nuevos sectores al mercado para transformar el paradigma de desarrollo; lo que se requiere es una reorientación profunda de los criterios desde los cuales se define qué cuenta como bienestar, valor y progreso.

Por último, el análisis territorial mostró que, aunque la economía naranja tiende a extraer valor simbólico de los territorios, esta no necesariamente fortalece sus capacidades locales. Al privilegiar expresiones culturales exportables, medibles y rentables, jerarquiza las prácticas culturales y se desvincula de sus funciones sociales más profundas, como son la cohesión social, construcción identitaria y formación de sujetos. La creatividad sólo puede convertirse en motor del desarrollo cuando se articula con proyectos colectivos, tejido social e institucionalidad local, y no cuando se limita a su inserción en cadenas de valor orientadas por la lógica del mercado global.

El análisis permite identificar tres hallazgos principales: la economía naranja, aunque visibiliza la dimensión económica de la cultura, tiende a reproducir una concepción instrumental orientada a la rentabilidad; dicha orientación limita el reconocimiento de la cultura como derecho y como componente de la sustentabilidad social; y, desde una perspectiva territorial, favorece la extracción de valor simbólico sin fortalecer necesariamente las

capacidades locales ni los tejidos sociales. En conjunto, estos elementos evidencian la necesidad de replantear los criterios desde los cuales se valora la cultura dentro de los procesos de desarrollo.

Finalmente, puede sostenerse que, si bien la economía naranja contribuye a visibilizar la dimensión económica de la cultura, su subordinación a la racionalidad del mercado limita su capacidad para reconocerla como derecho, como fundamento de la cohesión social y como componente de una concepción integral de la sustentabilidad. En ese sentido, el desafío no radica en rechazar la dimensión económica de la cultura, sino en reconfigurar los marcos desde los cuales se valora, desplazando su centralidad desde la lógica del mercado hacia una perspectiva orientada a la reproducción de la vida, la justicia social y la construcción de territorios culturalmente sostenibles.

BIBLIOGRAFIA

- Annayeskha, G., & González, B. (octubre-diciembre de 2020). Economía del siglo XXI: Economía naranja. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, 26(4), 450-463. <https://www.redalyc.org/journal/280/28065077033/28065077033.pdf>
- Bien Informado. (08 de enero de 2026). El potencial de la economía naranja en el Noroeste. <https://bieninformado.mx/el-potencial-de-la-economia-naranja-en-el-noroeste/>
- Boisier, S. (1998). Teorías y metáforas sobre desarrollo territorial. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 5-18.
- Buitrago Restrepo, F., & Duque Márquez, I. (2013). *La economía naranja. Una oportunidad infinita*. New York: Banco Interamericano de Desarrollo.
- CEPAL. (2022). *Hacia una transformación del modelo de desarrollo en América Latina y el Caribe: producción, inclusión y sostenibilidad*. Santiago de Chile.
- Coraggio, J. L. (2011). Capítulo V. La economía social y la búsqueda de un programa socialista para el siglo XXI. *En Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*. (pp. 236-276). Ecuador: Ed. Abya-Yala.
- Cuervo, L. M. (2006). *Globalización y Territorio*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES).
- Escobar, A. (2014). Introducción: El desarrollo y la antropología de la modernidad. *En La invención del desarrollo* (pp. 49-68). Colombia: Universidad del Cauca.

- Fuchs, C. H. (2022). *Digital Capitalism: Media, Communication and Society Volume Three*. Routledge.
- Gallicchio, E. (2003). *El desarrollo económico local: Estrategia económica y de construcción de capital social*. Uruguay: Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH).
- Gudynas, E. (2015). Desarrollo sostenible y ética: Historias olvidadas y tensiones persistentes. *Redbioética/UNESCO*, 1(11), 12-26.
- Hinkelammert, F., & Mora, H. (2013). *Hacia una economía para la vida: Preludio a una reconstrucción de la economía política*. México: Facultad de Economía, UMSNH/EUNA.
- Howkins, J. (18 de junio de 2008). El motor de la creatividad en la economía creativa: Entrevista a John Howkins. (D. Ghelfi, Entrevistador). <https://mandioca.wordpress.com/2008/06/18/entrevista-a-john-howkins/>
- Martínez Olivera, C., & Ken Rodríguez, C. A. (2022). Economía naranja como modelo económico regional para disminuir el rezago social en Oaxaca, México. Volumen II de la Colección. *Escenarios Territoriales ante la reconfiguración del Orden Mundial* (pp. 307-328). <https://ru.iiec.unam.mx/5838/1/4.%20031-Mart%C3%ADnez-Ken.pdf>
- Polanyi, K. (1974a). El sistema económico como proceso institucionalizado. *Antropología Económica*, 155-178. <http://www.ciesas.edu.mx/Publicaciones/Clasicos/Index.html>
- Polanyi, K. (1974b). Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. *Commentary*, 13, 109-117.
- Sen, A. (2000). Introducción. El desarrollo como libertad. *En Desarrollo y Libertad* (pp. 19-28). Buenos Aires: Editorial Planeta. https://www.palermo.edu/Archivos_content/2015/derecho/pobreza_multidimensional/bibliografia/Sesion1_doc1.pdf
- UNCTAD. (2024). *Creative Economy Outlook 2024*. Geneva: United Nations.
- UNESCO. (2013). *Informe sobre la economía creativa, 2013, edición especial: ampliar los cauces de desarrollo local*. Nueva York: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000230576>
- Vázquez Barquero, A. (2007). Desarrollo endógeno. Teorías y políticas de desarrollo territorial. *Investigaciones regionales*, (11), 183-210.